



JAVIER VELLÉS

Oíza primera parte

Introducción a la primera parte: Rafael Moneo.
 Prólogo: Antón Capitel. Introducción a la segunda parte: Juan Ignacio Mera
 Escuela de Arquitectura de Toledo EAT
 (Universidad de Castilla La Mancha), Toledo,
 2015, 288 pp.
 Idioma: español.
 ISSN 2340-1567

LUIS MARTÍNEZ SANTA-MARÍA
 Universidad Politécnica de Madrid
 luismartinezsm@telefonica.net

Francisco Javier Saenz de Oíza
 Arte y poesía

Recuerdo que a Francisco Javier Sáenz de Oíza le gustaba citar aquellos versos de Walt Whitman: *¿Me contradigo? Pues bien, me contradigo, soy vasto, contengo multitudes.* Con sus palabras, sus proyectos y sus obras, daba muestras de su confianza en la contradicción, una contradicción que suponía tomar cualquier enunciado como un juego, rehuir todo pensamiento estanco y seguro. Los dos tomos del libro editado por la Escuela de Arquitectura de Toledo, escritos por quien fue su discípulo, amigo y colaborador, Javier Vellés – admirado profesor y tutor de fin de carrera de quien ahora escribe estas líneas– dan prueba de esta predilección del maestro por la contradicción como fuente de inspiración y como técnica de pensamiento. Oíza es a la vez rural y urbano, vernáculo y universal, quiere habitar en una cabaña en la sierra de Gredos sin dejar de vivir en una torre junto a una autopista, navega a vela en una pequeña embarcación, pero conduce un Morgan, maneja hachas y seguetas, colecciona mecanismos y textos, lee en voz alta periódicos y poemas. Su per-

sonalidad, a tono con los últimos renglones precedentes, es receptiva y refractaria, solidaria y solitaria, reúne ímpetu y persistencia. Recuerdo bien cómo en clase, cada mañana, nos hacía reír y llorar.

Mucho lamentábamos, quienes nos habíamos sentido tocados por su irresistible magisterio, que no existiese aun, pasados más de diecisiete años desde su muerte, un libro que recogiese la obra completa de este querido –porque supo hacerse querer– y excepcional maestro de la arquitectura española del siglo XX. Hasta ahora, al margen del ejemplo de unas obras construidas que podíamos visitar y de la lección viva que ofrecen sus proyectos publicados de forma dispersa, teníamos de Oíza todo aquello que nos llegaba a través de la transmisión oral debida a una espontánea escuela socrática creada a su alrededor, depositaria de innumerables anécdotas, establecida entre amigos y colegas o entre profesores y alumnos. Y es que es posible que no haya habido en nuestro entorno un arquitecto tan citado como él: en lo que decía, en lo que hacía, en lo que contestaba con una gracia, jactancia e inteligencia únicas. La presencia de esta esperada publicación permite por fin condensar su legado. La visión panorámica que ofrecen los dos tomos ilustra no solo la intensidad y la calidad de su trabajo, sino la pasión y la inquebrantable dedicación de Oíza a la arquitectura. Sin pasión, había dicho en alguna ocasión, nada pude hacerse. El libro recoge todo lo producido en cincuenta y siete años de dedicación profesional, entre 1946 y 2003, obras y proyectos ofrecidos en una trepidante solución de continuidad que dan muestras de la fuerza de su fuerza y, si puede decirse así, de la fuerza de su debilidad, de la ejemplar manera que tuvo para asumir la dificultad de los fracasos y la dificultad no menor que imponen los éxitos; de la desbordante capacidad para la producción de ideas de arquitectura y para la gestación de las soluciones que materializan esas ideas para volverlas profundas y conmovedoras.

Con una prosa detenida, con una sintaxis que sabe resultar próxima al lector, clara, que se deleita tanto en la precisión de los datos como en el repentino ofrecimiento de detalles y documentos desconcertantes, Javier Vellés nos regala un acercamiento físico a la obra y a la persona de Francisco Javier Sáenz de Oíza. Y es que, desde las primeras páginas del primer tomo, hasta las últimas páginas del segundo, el lector siente que se está aproximando no solo al arquitecto sino también al hombre, a la persona, o por decirlo con más exactitud, al maestro cercano y amigo, tal y como lo presenta –porque vivió esa envidiable experiencia– Javier Vellés. Los dos tomos están llenos de personas, de datos humanos, como si la estela de un arquitecto de esta altura solo pudiese ser seguida viéndole actuar ante el aluvión humano del que forma parte, aprendiendo de todos y de todo; escuchando, respondiendo, argumentando y provocando a todos; construyendo y destruyendo. *Yo necesito a todas esas personas para ser*, recuerdo que nos decía, señalando, como eslabones

de esa cadena, desde el inolvidable profesor del colegio de su infancia hasta el conductor del autobús que le había llevado esa misma mañana a clase.

Al leer las páginas de este libro me doy cuenta de que es probable que ese amor por la vida, esa forma de interpretarla con intensidad, estén resonando en los más escondidos y emocionantes detalles de su obra y sean los causantes de la significación que llevan impresa. El bello epílogo del primer tomo, titulado *La vuelta a la isla*, lo confirma: Oíza está allí ante el mar y ante la tierra, pero está también ante sus compañeros de viaje, ante la libertad que le daba sentir junto a sí la presencia de los otros.

Al final del segundo tomo, en un momento en que el lector desearía que el libro no terminase nunca... Javier Vellés recoge el fragmento de una entrevista realizada a Oíza en 1996, cuando estaba enfermo y le quedaban menos de cuatro años de vida. *A estas alturas de mi vida lo tengo más claro que nunca, he fracasado como arquitecto, soy un mal profesional. La arquitectura tiene más que ver con el arte y con la poesía que con la técnica y, desde luego, a mí no se me puede considerar un artista.* Vuelve a aparecer aquí la contradicción y ese seductor deseo de provocación y de interpelación al oyente que tanto le caracterizaba. Pero no podemos estar de acuerdo con éstas sus últimas afirmaciones. No, cuando ante uno de sus últimos croquis, el de la planta elíptica para una vivienda en el cabo de Formentor, en la isla de Mallorca, imaginamos una casa construida con sillares de mármol blanco que mostrarían la nitida curvatura de su tallado entre el verdor y la oscuridad de los pinos. Ni cuando recordamos el dibujo de la capilla en el Camino de Santiago, ni cuando volvemos a ver las piedras cortadas en pico de diamante de Nuestra Señora de Aránzazu relacionándose de tú a tú con las montañas. Pero no es necesario seguir con más ejemplos... El libro que tengo entre mis manos, relatando los avatares que rodearon aquella aventura única y contradictoria, da muestras del arte y la poesía que habitan en la arquitectura de este arquitecto.

https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.2018102945